

# **A flor de piel**

Nora Muñiz

A mi mamá, por cuidarnos

They fuck you up your mum and dad.  
They might not mean to, but they do

PHILIP LARKIN, *This be the verse*

Mi única patología es mi madre

CARLA NYMAN, *Tener la carne*

A la niña le gustaba la sangre. No su color ni su olor, sino su consistencia viscosa y caliente. Tocarla era motivo de alegría. Sabía que cuando llegaba a la sangre lo había alcanzado. Y para festejar, se manchaba con ella, se dejaba empapar por su misma sangre, se pintaba como un óleo. A la niña le gustaba la sangre, aunque la sangre terminara por secarse. Y la sangre seca no se siente igual. La sangre seca no sirve para nada.

*Sangre coagulada,  
revuelta en ensalada  
con vómito caliente.  
Y para la digestión:  
¡gargajos con limón!*

Hay distintas maneras de quitarse una costra: se puede arrancar por completo o se puede raspar. Raspar una costra es develar un secreto. A la niña le gustaban los secretos. Tenía uno que nadie conocía. Ni siquiera su mamá. A veces, ni ella misma quería conocerlo. Quería agarrarlo y esconderlo muy adentro de su cuerpo. Pero entonces se rascaba y el secreto volvía a salir. El secreto siempre brota, ensangrentado.

La madre se preguntaba, una y otra vez, ahora por qué llora. La madre sabía que no era su culpa, pero no podía evitar desesperarse: la niña llevaba muchos días llorando sin parar. Nació calladita pero de un día para otro empezó a llorar. Lloraba tanto que la madre ya no sabía qué hacer. ¿Cómo la iba a llevar al doctor, si apenas tenía para comprar pañales? Todo se le iba en pañales, cajas y cajas de pañales. No le alcanzaba ni para una mísera cerveza. No había dinero porque Jorge no había depositado su parte. Quedaba apenas una botella que dejó en la alacena antes de irse. Solo quedaba ese tequila que dejó olvidado, el que compró para un día especial. La niña seguía llorando mientras la madre abría la botella para servirse un trago. La niña lloraba pero la madre, con el tequilero en la mano, ya no la escuchaba. Uno para sentirse menos sola, uno porque Jorge no estaba, uno porque la niña no se detenía. Solo uno más. Y luego a dormir. Solo el alcohol silenciaba los gritos de la niña.

Con los ojos cerrados le pidió que dejara de llorar. Por favor. ¿Le iba a alcanzar el cariño para sobrevivir a su llanto? Abrió los ojos y vio a la niña llorando a su lado. Le dolía mucho la cabeza. Intentó volver a cerrar los ojos pero los

gritos no la dejaban dormir. Así había pasado varias horas, en una duermevela estridente. Sentía que sus chillidos le retumbaban en los tímpanos. Volvió a abrir los ojos y las náuseas la obligaron a cerrarlos de nuevo. Ya no sabía si era ella la que estaba gritando o si era la niña.

Ocho horas después, la cruda se había acrecentado con los gritos. Eran desgarradores para unos pulmones tan chiquitos. ¿De dónde conseguiría las fuerzas para llorar así, si nació menuda y silenciosa? Sus gritos habían rasgado el silencio súbitamente y sin razón. La cargaba para que dejara de llorar, pero su contacto solo aumentaba el berrido. Por un segundo, mientras la tenía pegada al pecho, pensó en apretar más fuerte. Más y más fuerte. Pero en lugar de eso se tomó el último trago que quedaba en el vaso, llenó la pañalera y salió a la calle. Abrochó el cinturón de la silla de bebés y arrancó. El viento contra su rostro mientras manejaba fue lo más cerca que estuvo del silencio en aquellos días.

Terminó en un consultorio con más bebés. Todos llorando. Todos moqueando y chillando con sus voces agudas y su baba chorreante. Ella solo quería que se callaran todos, su cabeza no dejaba de retumbar. Tal vez el último tequila fue un exceso. Pero no, no fue un exceso. Ella no se excedía.

Las secretarías dejaron pasar a la familia que acababa de llegar. Tuvo ganas de levantarse y gritar, como la niña. Vio que el bebé que entraba a la sala sangraba. Se movió en su silla, pensando si debería levantarse. Llevaban una hora sentadas en butacas de plástico, escuchando un doblaje mal hecho de una película de acción. Entre la película, los

llantos y el teclado antiguo en el que escribía una de las secretarías, su cabeza no dejaba de palpar.

Se levantó. Estaba molesta. Estaba lista para pelear con la otra secretaria, que se limaba las uñas en el escritorio. Sintió el peso de su invisibilidad, hasta que la asistente impávida la volteó a ver a través de la parte superior de sus lentes. A la secretaria también le valía madres, a nadie le importaba. Estuvo de pie hasta que, con un rostro exasperado, la de la computadora le dijo que se sentara, que la pasarían pronto. La otra la siguió viendo a través de los lentes, sin parar de limarse las uñas. Hizo caso y se sentó. Volteó a ver a su hija. Esos siete kilos de piel eran lo único que la mantenían con vida después del divorcio. Eran lo que más quería. Pero fantaseaba con el silencio, con la niña ya crecida y sonriente jugando en el parque. Fantaseaba con comer helados juntas mientras caminaban por la calle, las jacarandas como una alfombra a su paso, la niña llevando la correa de un cachorrito en la mano. Fantaseaba con su mirada alegre. La sacó de la fantasía el gesto de la secretaria. Por fin la habían llamado.

Entró a un consultorio muy blanco, blanquísimo, que resplandecía con la luz. Se sentía incómoda y expuesta, como si todas sus arrugas se hicieran más profundas. Sabía que se le veían todos los poros. Se sintió consciente de los pelos del bigote que no se pudo quitar. La invadió un olor a dentífrico porque la pared del consultorio colindaba con la del ortodoncista. De golpe le cayeron sus treinta y dos años encima. De golpe era una treintañera, madre soltera, adulta. Y sola. Más sola que nunca.

El doctor no se levantó. Preguntó qué le pasaba al bebé, mientras la penetraba con una mirada inquisitiva. La miraba desde detrás de un escritorio, él y sus múltiples refracciones, una por cada diploma enmarcado en la pared. No supo qué decir. La verdad es que no sabía qué le pasaba a su hija. Solo lloraba. Día y noche, la niña lloraba. Abrió la boca para intentar explicar el llanto pero sintió su propio llanto formándose en el pecho.

Exasperado, el doctor se levantó y se colocó junto a un mueble con una superficie acolchada. A ver, le dijo, acuéstela aquí. Deje que la revise. Le dijo que respirara. Que su hija estaba bien. Que se relajara. Como si pudiera. Le pidió que se sentara y que dejara a la niña en sus manos. Le pidió que la soltara y fue como arrancarla de su cuerpo. El doctor le hizo varias preguntas. Que si la niña estaba defecando con regularidad. Que si había notado algún síntoma que explicara el llanto. Detuvo la consulta cuando ella se levantó y no la continuó hasta que se sentó de nuevo en la silla. Le pidió espacio para hacer su trabajo. Le preguntó si seguía dando pecho. Dijo que no había problema si se le había cortado la leche, que la solución en polvo debía funcionar. Le pidió permiso para levantarle la blusa a la niña. Y tocarla. Que era solo para buscar algún daño superficial. La madre tuvo que levantarse. Prometió no intervenir, pero no pudo quedarse sentada. El doctor le levantó la blusa a la niña. Dejó salir un «ah». Le pidió que se acercara. No la dejó acercarse demasiado. Que si veía eso. Que cómo no las había visto antes. Las ronchas. Que la niña tenía dermatitis. Que la dermatitis era una enfermedad de la piel.

Que posiblemente fuera atópica, sin una causa específica. Que lo único que podía hacer para cuidarla era controlar el entorno. Que limitara el uso de sustancias con cualquier tipo de irritante. Como el cloro y el detergente. Que le pusiera mucha crema. Que ahí abajo había una farmacia dermatológica. Que la bañara con bicarbonato de sodio. Sí, el de la cocina. Que poner bicarbonato de sodio en agua nivelaba el pH de la piel. Que la piel se le empezaría a caer. Pero que era normal. Que la niña iba a empezar a rascarse. Que controlara su comezón a como diera lugar. Que consiguiera un dermatólogo. Que comprara crema especial y jabones neutros. Que no usara ninguna marca corriente. Que regresara pronto. Que, por favor, durmiera un poco.

\*

La piel tiene tres capas. La epidermis, la dermis y la hipodermis. La epidermis está hecha de células muertas, así que rascarla solo acelera el proceso natural. La epidermis tiene cinco estratos: el basal, el espinoso, el granuloso, el lúcido y el córneo. El espinoso hace ampollas. A veces intentaba llegar ahí a propósito, para ver si lograba quitarlo y evitar que le salieran las ronchas. Esas ronchas que le comían la piel como hormigas alrededor de un fruto. Pero su parte favorita era llegar a la dermis. En la dermis reside el tacto y, sobre todo, está la sangre. La piel tiene aproximadamente entre uno y dos milímetros de grosor en las zonas que no son las palmas de las manos o las plantas de los pies. Ella siempre quiso alcanzar el límite de la piel, el límite de su

límite. Quiso rascarse la enfermedad con las uñas. Su sueño era el blanco, el hueso. Quería roerse a sí misma.